

Á tu manto, cual un niño,
Me agarraba en mi aficción ;
Mas colérica tu mano
De mis manos lo arrancó ;
Y en tu saña desoyendo
Mi sollozo y mi clamor,
Más allá del mar tu brazo
De gigante me lanzó.
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte, adiós!

De hoy ya más, vagando triste
Por antípoda región,
Con mi llanto al pasajero
Pediré el pan del dolor :
De una en otra puerta el golpe
Sonará de mi bastón,
¡Ay, en balde! ¿En tierra extraña
Quién conocerá mi voz?
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte, adiós!

¡Ah, de ti sólo una tumba
Demandaba humilde yo!
Cada tarde la excavaba
Al postrer rayo del sol :
«¡Ve á pedirla al extranjero!»
Fué tu réplica feroz;
Y llenándola de piedras
Tu planta la destruyó.
¡Adiós patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte ; adiós!

En un vaso un tierno ramo
Llevo de un naranjo en flor ;
¡El perfume de la patria
Aun aspiro en su botón !
Él mi huesa con su sombra
Cubrirá ; y entonces yo

Dormiré mi último sueño
De sus hojas al rumor.
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte ; adiós!

LA HAMACA DEL DESTIERRO.

¡Vuela, vuela, hamaca mía:
Y al ruido de tus alas,
Adormece al desterrado
Que suspira por su patria!
Pronta vuela; y, cuando el sueño
Llene rápido la estancia,
Y en los aires revolando
Nos remeza con su planta,
Que á mis labios baje, dile,
Y aspirar me dé la blanca
Amapola del olvido,
En aromas empapada.
Que del alma echar ya quiero
Las memorias despiadadas
De los sitios que sonaron
Con los pasos de mi infancia;
De la madre cariñosa
Que al bajar la noche parda,
Con dos besos, mis dos ojos,
Bendiciéndome, cerraba ;
Del nogal que levantando
Su verdor sobre mi casa,
En los fuegos de la siesta
Grata sombra me prestaba.
Suspendida de sus ramos,
De azucenas coronada,
Fresca y leve te mecía
Al impulso de las auras.
Mas ¡ay Dios! partiendo el rayo
De entre lóbrega borrasca,

Abrasó el querido tronco,
Destrozó sus bellas ramas.
Y tú, hija de los aires,
Hoy pendiente á mis espaldas,
Fugitiva vas conmigo
Sin parar de playa en playa.
Sí, conmigo del desierto
Los torrentes roncós pasas,
Y en las calles silenciosas
De los bosques me acompañas.
Sin dejarme, de los hombres
Atraviesas las moradas,
Y conmigo de los mares
Ves las ondas solitarias.
Y después que en Occidente
Hunde el sol su inmensa llama,
Y los últimos fulgores
Del crepúsculo se apagan,
Con su triste luz la luna
Nos alumbrá:—tú, colgada
De algún árbol extranjero;
¡Yo, soñando con la patria!
¡Vuela, vuela, hamaca mía:
Y al ruido de tus alas,
Adormece al desterrado
Que ha perdido cuanto amaba!

EL HACHA DEL PROSCRITO.

Dieu! qu'un exilé doit souffrir.
BERANGER.

¡Fina brillas, hacha mía,
Ancha, espléndida, cortante,
Que abrirás la frente al toro
Que probar tu filo osare!
En los bosques para siempre

Voy contigo á sepultarme;
Que los hombres ya me niegan
Una tumba en sus ciudades.
En mi patria me expulsaron
De la casa de mis padres;
¡Y hoy también el extranjero
Me ha cerrado sus hogares!
¡Vamos, pues, que ya estoy listo!.....
¡Oh! salgamos de estas calles
Do el dolor del desterrado
Nadie entiende ni comparte:
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Ven, sígueme en los días
De mi vejez!

Yo, durante nuestra fuga,
Tengo al hombro de llevarte,
Y un bordón en ti y apoyo
Hallaré cuando me canse.
De través sobre el torrente
Que mi planta en vano ataje,
Tú echarás del borde el árbol
Por el cual descalzo pase.
Si del Norte al viento frío
Mis quijadas tiritaren,
Tú derribarás los ramos,
Y herirás los pedernales.
Tú prepararás mi lumbre,
Tú prepararás mi carne,
La caverna en que me acoja,
Y hasta el lecho en que descanse!
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Ayúdame en los días
De mi vejez!

Á mi alcance y á mi diestra,
Muda, inmóvil, formidable,

Me harás guardia, cuando el sueño
En mis párpados pesare.
Si del tigre el sordo paso,
Si el clamor de los salvajes,
Acercándose en la noche,
Del peligro me avisaren ;
En mi mano apercebida
Te alzarás para el combate ;
Y del triunfo ó la derrota
Siempre llevarás tu parte.
¡Ay! la luz del nuevo día
Nos verá en otros lugares ;
Débil yo, cansado y triste ;
Roja tú con fresca sangre.
 ¡Ay! tú me entretenías
 En mi niñez :
 ¡Defiéndeme en los días
 De mi vejez !

De camino veré á veces
Las lejanas capitales
Relumbrar al tibio rayo
De los soles de la tarde.
Y esos rayos vespertinos
Jugarán al reflejarse,
Cual relámpagos de oro,
En tu hierro centellante.
Ó, del mar á la alta orilla,
Los pies sueltos en el aire,
Cantaré yo al sol y al viento
De la patria los romances,
Y á la roca tú de lomo
Sin cesar dando en la base,
El compás irás notando
Con tus golpes resonantes.
 ¡Ay! tú me entretenías
 En mi niñez :
 ¡Consuélame en los días
 De mi vejez !

 ¡Sí, consuelo del proscrito !
¡Oh, jamás aquí le faltes !
¡Ay ! ¡de cuanto el triste llora,
Si es posible, veces hazle !
Patria, amigos, madre, hermanos,
Tiernos hijos, dulce amante ;
¡Cuanto amé, cuanto me amaba
Vas tú sólo á recordarme !
Nunca, nunca, pues, me dejes :
Sígueme á mis soledades !
¡No abandones al proscrito
Sin que al fin su tumba excaves !
¡Por el mango hundida en tierra,
Tu hoja se alzaré en los aires,
De los picos de los buitres
Defendiendo mi cadáver !
 ¡Ay! tú me entretenías
 En mi niñez :
 ¡Sepúltame en los días
 De mi vejez !

UNA LÁGRIMA DE FELICIDAD.

Solos, ayer, sentados en el lecho
Do tu ternura coronó mi amor,
Tú, la cabeza hundida entre mi pecho,
Yo, circundando con abrazo estrecho
 Tu talle encantador ;

Tranquila tú dormías, yo velaba.
Llena de los perfumes del jardín
La fresca brisa por la reja entraba,
Y nuestra alcoba toda embalsamaba
 De rosa y de jazmín.

Por cima de los árboles tendía
Su largo rayo horizontal el sol ;

Desde el remoto ocaso do se hundía:
¡Inmenso, en torno de él, resplandecía
Un cielo de arrebol!

Del sol siguiendo la postrera huella
Dispersas al acaso, aquí y allí,
Asomaban, con luz trémula y bella,
Hacia el Oriente alguna ú otra estrella,
Sobre un fondo turquí.

Ningún rumor, ó voz, ó movimiento
Turbaba aquella dulce soledad;
¡Sólo se oía susurrar el viento,
Y oscilar, cual un péndulo, su aliento
Con plácida igualdad!

¡Oh! ¡yo me estremecí!..... ¡Sí; de ventura
Me estremecí, sintiendo en mi redor
Aquella eterna, fúlgida natura!
¡En mis brazos vencida tu hermosura!
¡En mi pecho el amor!

Y cual si alas súbito adquiriera,
Ó en las suyas me alzara un serafín,
Mi alma rompió la corporal barrera,
Y huyó contigo, de una en otra esfera,
¡Con un vuelo sin fin!

Buscando allá con incansable anhelo
Para ti, para mí, para los dos,
Del tiempo y de la carne tras el velo,
Ese misterio que llamamos cielo.—
¡La eternidad de Dios!

Para fijar allí, seguro y fuerte,
Libre de todo mundanal vaivén,
Libre de los engaños de la suerte,
Libre de la inconstancia y de la muerte,
¡De nuestro amor el bien!

Y en un raptó de gloria, de improvisó,
Lo que mi alma buscaba hallar creí;
Una secreta voz del Paraíso
Dentro de mí gritóme: Dios lo quiso;
¡Sea tuya allá y aquí!

Y enajenado, ciego, delirante,
Tu blando cuerpo, que el amor formó,
Traje contra mi pecho palpitante.....
Y en tu faz una lágrima quemante
¡De mis ojos cayó!

¡Ay! despertaste..... Sobre mí pusiste
Tu mirada, feliz al despertar;
¡Mas tu dulce sonrisa en ceño triste
Cambiése al punto que mis ojos viste
Aguados relumbrar!

¡De entonces acá!..... ¡oh amante idolatrada,
Mas sobrado celosa! huyes de mí;
Si á persuadirte voy, no escuchas nada,
Ó de sollozos clamas sofocada:
«¡Soy suya!..... y llora así!»

¡Oh! ¡no, dulce mitad del alma mía!
No injurias de tu amigo el corazón;
¡Ay! ¡ese corazón en la alegría
Sólo sabe llorar, cual lloraría
El de otro en la aflicción!

El mundo, para mí de espinas lleno,
Jamás me dió do reclinar mi sien;
Hoy, de la dicha en mi primer estreno,
El lloro que vertí sobre tu seno
¡Encerraba un edén!

— ¡Oh!..... ¡La esposa que joven y lozana
Diez hijos á su esposo regaló,
Y que después viuda, enferma, anciana,

A sus diez hijos en edad temprana
Morir y enterrar vió!.....

¡ Esa mujer, que penas ha sufrido
Cuántas puede sufrir una mujer ;
Esa madre infeliz, que ha padecido
Lo que tan sólo la que madre ha sido
Alcanza á comprender !.....

Ella, pues, cuando á buenos y á malvados
Llame á juicio la trompa de Jehová,
Sus diez hijos al ver resucitados,
Al volver á tenerlos abrazados.....
¡ Oh! ¡ de amor llorará !

Y de esa madre el dulce y tierno llanto
Á la diestra de Dios le hará subir ;
¡ Y tal será su suavidad y encanto,
Que en su alta gloria al serafín más santo
De envidia hará gemir !

Mas ese llanto del amor materno,
Vertido en la presencia del Señor,
Al entrar de la vida al mundo eterno,
No, no será más dulce ni más tierno
¡ Que el llanto de mi amor !

EL BAUTISMO.

Á MI SEGUNDO HIJO RECIÉN NACIDO.

I.

¡ Ven, y en las vivas fuentes del bautismo
Recibe, oh niño, de cristiano el nombre ;
Nombre de amor, de ciencia, de heroísmo,
Que hace en la tierra un semidiós del hombre !

Los hombres que esas aguas recibieron,
Con su espíritu y brazo subyugaron
La inmensa mar que audaces recorrieron,
Los mundos que tras ella adivinaron.

Potentes más que el genitor de Palas,
Al rayo señalaron su camino ;
Y á los vientos alzándose sin alas,
Siguiéron sin temblar su torbellino.

Ellos al Leviatán entre cadenas
Sacan de los abismos con su mano,
Y pisan con sus plantas las arenas
Del fondo de coral del Oceano.

Cristianos son los que á esas formas bellas
Con que el Creador engalanó á Natura,
Obligan á vaciar sus blandas huellas
En instantánea, nítida pintura.

De un hilo con la curva retorcida
Los cabos juntan de un inerte leño.....
¡ Y el secreto perturban de la vida,
Y agitan al cadáver en su sueño !

Y tú también, eras también cristiano,
Tú que dijiste, contemplando el cielo:
« ¡ Ya mis ojos no alcanzan, pobre anciano ;
Yo rasgaré del firmamento el velo ! »

Y en el aire elevando dos cristales,
Vueltá á Venus la faz, puesto de hinojos,
Los ojos que te hiciste fueron tales,
Que envidiaron las águilas tus ojos.

Y era cristiano aquel que meditando
En el retiro de modesta estancia,
Sin afán, sin error, pesó, jugando,
Los planetas y el sol en su balanza.

II.

¡Oh prenda de mi amor, dulce hijo mío!
Cuando en edad y para bien crecieres
(Y en el gran Padre Universal confío
Vivirás para el bien lo que vivieres),

Serio entonces quizá, meditabundo,
De ardor de ciencia y juventud llevado,
Quieras curioso, visitando el mundo,
Juzgar lo que los hombres han fundado:

Conocerás entonces por ti mismo,
Verán tus ojos, palparán tus manos,
Lo que puede el milagro del bautismo
En los que el nombre llevan de cristianos.

Sí; do naciones prósperas hallares,
Sujetas sólo á moderadas leyes,
Que formaron senados populares,
Y que obligan á súbditos y á reyes;

Do al hombre vieres respetar al hombre,
Y á la mujer como á su igual tratada,
Modesta y libre, sin que al pueblo asombre
Viva feliz sin ser esclavizada;

Do vieres generosos misioneros,
Sin temor de peligros ni de ultrajes,
Abandonar la patria placenteros
Para llevar la luz á los salvajes;

Do vislumbrares púdicas doncellas,
De obscuro hospicio entre las sombras vagas,
Curando activas con sus manos bellas
De los leprosos las hediondas llagas;

Do puedas admirar instituciones
Que abrigan al inválido, al desnudo,
Que amansan al demente sin prisiones,
Que hacen al ciego ver, y hablar al mudo;

Do vieres protegido al inocente,
Castigado al perverso con cariño,
Respetado al anciano inteligente,
Asegurado el porvenir del niño;

Allí do hallares libertad y ciencia,
Misericordia, caridad, justicia,
Dominando del pueblo la conciencia,
De la industria calmando la codicia;

Allí do respetándose á sí mismo
Vieres al hombre amar á sus hermanos,
Podrás clamar: «¡ Honor al cristianismo;
Que éstos no pueden ser sino cristianos! »

III.

¡Esos serán cristianos! Herederos
De la virtud y del antiguo nombre
De aquellos doce pobres, compañeros
Del que se hizo llamar *Hijo del hombre*;

De Aquel que en un establo fué nacido,
De un artesano en el taller criado,
De los grandes del mundo perseguido,
Y al fin cual un ladrón crucificado;

Que nada de su mano que se lea
Nos dejó, ni viajó por las naciones;
Y adolescente al pueblo de Judea
Dió tres años no más sus instrucciones;

Y cuyo Verbo empero más fecundo
Fué que el cetro y la espada de los reyes :
¡ Con los siglos creció, renovó el mundo,
Cambió costumbres, religiones, leyes!

D. JULIO ARBOLEDA.

003061